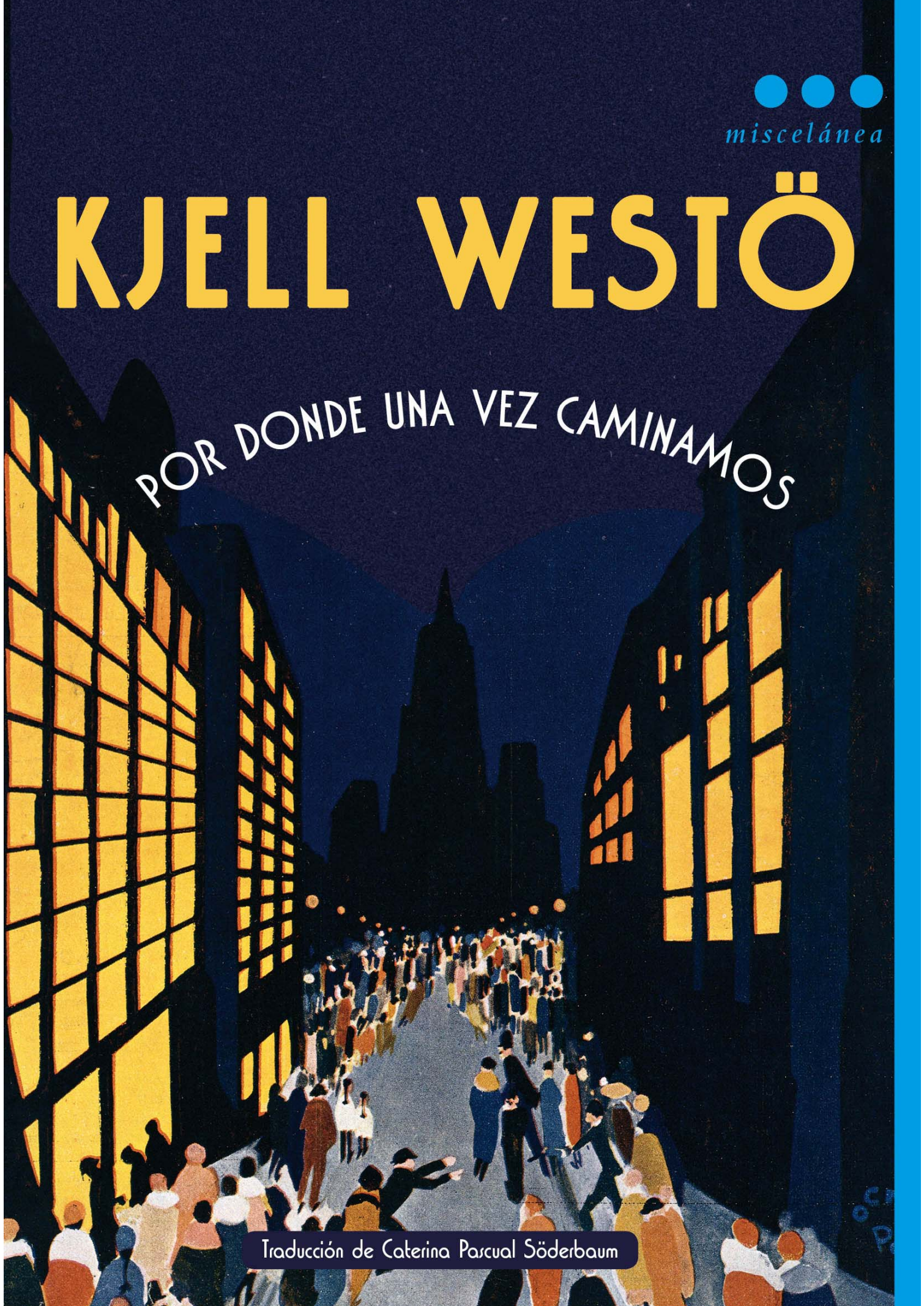


● ● ●  
*miscelánea*

# KJELL WESTÖ

POR DONDE UNA VEZ CAMINAMOS

Traducción de Caterina Pascual Söderbaum





POR DONDE  
UNA VEZ  
CAMINAMOS

KJELL WESTÖ

POR DONDE  
UNA VEZ  
CAMINAMOS

NOVELA SOBRE UNA CIUDAD  
Y SOBRE NUESTRAS ANSIAS  
DE CRECER MÁS ALTO  
QUE LA HIERBA

Traducción de  
Caterina Pascual Söderbaum

*m...*  
*miscelánea*

Título original:  
*Dār Vi En Gång Gätt*

© Kjell Westö

Primera edición: junio de 2009

© de la traducción: Caterina Pascual Söderbaum

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.  
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona  
[www.miscelaneaeditores.com](http://www.miscelaneaeditores.com)  
[info@miscelaneaeditores.com](mailto:info@miscelaneaeditores.com)

Impreso por Brosmac, S. L.  
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-936628-5-1  
Depósito legal: M. 19.539-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A los habitantes de Helsinki: a los que murieron  
a los que viven, a los que vendrán.

*Stadilaisille; jo calzan skrubuun slepatuille,  
Näitä kartsoja yhä dallaaville, vielä hukiaan venaaville.*

*Helsinkiiläisille; menneille, eläville, eläville, tuleville.*

## LIBRO PRIMERO

EL PRIMER INVIERNO DE GUERRA  
JALI WIDING AÚN PERCIBÍA  
EL SONIDO DE LA NIEVE AL CAER

(1905-1917)

(ALLAN EL CALLADO)

**E**l primer día en que Vivan Fallenius sirvió en casa de los señores Gylfe en su magnífico piso de ocho habitaciones de la avenida Boulevard coincidió con el primer aniversario del asesinato cometido por Eugen Schauman, un funcionario solitario y medio sordo, contra la persona del gobernador general ruso Bobrikoff. El vicegobernador civil Gylfe y su señora esposa, que conocían superficialmente a Schauman, lo celebraron brindando tácitamente en champaña con el consomé. Vivan, de pie junto a la puerta que daba al vestíbulo y ataviada con falda negra y blusa negra de cuello plisado blanco, delantal también blanco y cofia de blonda sujeta al pelo, esperaba una nueva orden mientras hacía lo posible por pasar desapercibida. El asunto ese de Schauman y Bobrikoff le traía sin cuidado, sí le daba vueltas, en cambio, a lo sucedido con el árbol protector que había en el patio de su casa en Degerby, un abedul centenario al que una repentina tormenta de mayo había partido en dos hacía poco más de un mes, y al hecho remarcable de que, ya en enero, ella vio en sueños que el árbol moriría. Tenía ese tipo de sueños periódicamente y siempre la asustaban; sin embargo, ahora estaban a mediados de junio y lo que la desconcertaba era que la señora Beata Gylfe no la hubiese mandado desco-

rrer los pesados cortinajes de terciopelo. Vivan lo había hecho por iniciativa propia aquella misma mañana; si se descorrían las cortinas se apreciaba con cuánta belleza incidía la luz a lo largo del Boulevard, y podías asomarte y ver los gráciles tilos y escuchar el sonido de los cascos de los caballos y el traqueteo de los coches y las carretas sobre los adoquines. Con las cortinas corridas, a Vivan le agobiaban los salones de los Gylfe y le parecían lúgubres, pues ignoraba que respondían al gusto de los ciudadanos pudientes: muebles lacados de madera oscura como la caoba o el ébano, urnas decorativas pintadas de negro y níveas estatuillas de yeso expuestas sobre mesillas de adorno, macetas con ampulosas palmeras en los rincones, en las paredes marinas y retratos de familiares con los ojos saltones y, para colmo, todas aquellas sillas, aquella sobrecandancia de sillas decorativas y de butacas que había por todas partes y que te dejaban las piernas magulladas y llenas de cardenales al tener que zigzaguear entre ellas para poder servir o quitar la mesa, entregar la tarjeta de visita que alguien acababa de presentar o hacer cualquier otra cosa que a una le mandasen.

—Puede retirarse —la conminó el vicegobernador civil Gylfe en tono autoritario sacándola de su ensimismamiento—. La señora la llamará cuando sea la hora de servir el asado; como tenemos timbre puede usted quedarse a esperar en la cocina con la señora Holmström.

Vivan hizo una reverencia y abrió la puerta que daba al vestíbulo. Al salir hacia la cocina vio que el mayor de los hijos de los Gylfe intentaba captar su atención pero ella no se dio por enterada.

Los dos hijos adolescentes de la familia no tardaron en llamarla Siemprevivan. Al comienzo no vio nada indecoroso en ello, también en su pueblo los mozos le ponían apodos y se los decían amistosamente. Sin embargo, cuando Magnus y Carl-Gustaf

Gylfe utilizaban ese sobrenombre algo que Vivan interpretaba como burla y menosprecio se extendía por sus rostros, y en ocasiones Magnus, el mayor, salía disparado del lujoso cuarto de baño equipado con retrete y una bañera posada sobre bronceas zarpas de león y la asaltaba canturreando en voz baja «Siempre vivan, linda flor, cuándo dejarás que te coja», mientras un gran bulto se le destacaba en la entrepierna de los pantalones y ella, con el pulso acelerado y una bandeja cargada de vajilla, pasaba de largo corriendo por el tenebroso vestíbulo. A ella aquellos señoritos le parecían dos gatos malcriados que no paraban de clavarle los ojos en todas las partes de su cuerpo, sentía sus miradas al servir la mesa, al regar las palmeras, al reunir la ropa de cama para llevársela a la lavandera, al bajar las escaleras con un taconeo veloz para hacer la compra en el mercado, al volver de la tienda de los Wahlman o de la sombrerería Silfverberg&Wecksell cargando con un nuevo y carísimo ejemplar para la amplia colección de sombreros de la señora Gylfe, y hasta cuando cruzaba el patio de puntillas para utilizar las letrinas del servicio sentía Vivan esas miradas de los señoritos; en cuanto a lo que pudieran decir de ella aquellos dos bichos cuando ella no les oía prefería ni pensarlo.

Magda, la madre de Vivan, había nacido en la capital y había sido empleada de la fábrica de tabaco Tollander&Klärichs y también sirvienta en el hotel Kleineh antes de casarse y convertirse en la mujer de un colono en Ingå Degerby. Magda sabía que muchas no aguantaban el trabajo monótono y pesado cuando había medios más fáciles. Eran cientos las muchachas que trabajaban por salarios miserables en las casas y fábricas de los burgueses de Helsingfors o Helsinki; la mayoría de ellas eran inexpertas y creían inocentemente en las promesas que les susurraban en los apartados de los restaurantes y en la nocturna penumbra de los

coches que después las llevaban a otra parte, y sabía también que después de los abrazos y las desilusiones todo acababa en hacer aceras de noche por calles de mala nota y en recibir a hombres en una buhardilla de alquiler y en los controles higiénicos de la policía, hasta que al final llegaba el día del temido Contagio. Por tanto, Magda le había dicho a su hija que nunca se fiara de nadie que se perfumara la pechera y le dijera cosas al oído, ni de los golfillos que quisieran engatusarla haciendo salir champán de donde, en realidad, no lo había. Pero sobre todo, le recalcó, debía guardarse de los hombres que le juraran amor eterno y quisieran conducirla a lugares lejanos.

Sin embargo, un día de junio Vivan se dejó tentar por su prima Sandra Söderberg, siete años mayor que ella, a ir a un baile en Byholmen, y allí conoció al obrero y futuro farolero municipal Enok Kajander. Era la primera vez que Vivan usaba su tarde libre para ir a bailar, y al pasar delante de los varones que se amontonaban junto a los senderos del bosque para infundirse valor con tragos de aguardiente y mezclas de licor dulce antes de volver a la pista y sacar a las chicas a bailar, tuvo que apartar la vista. Su siguiente tarde libre la pasó en el islote de Fårholmen, donde la Asociación de Trabajadores Abstemios organizaba una velada musical; uno de los números del programa lo protagonizaba Enok cantando con su suave voz de tenor canciones folclóricas en sueco y en finlandés. El mes de julio y la mitad de agosto los pasó Vivan con la familia Gylfe en su chalé de veraneo Miramar, en la población costera de Kallvik, sin embargo, de vuelta a la capital, Enok no tardó en instalarse de nuevo junto a la puerta de servicio para esperarla. Le dijo que había estado ahorrando y que quería invitarla al cinematógrafo para ver dibujos animados, y la llamó *helluni mun*, cosa que hizo enrojecer a Vivan; siempre que él le decía cosas en finlandés sin explicarle su significado a ella las mejillas se le ponían coloradas.

• • •

Una tarde de sábado de finales de agosto hubo baile en la colonia socialista de verano Mölylä, al este de la bahía interior de Gammelstad. Enok y Vivan se encontraron en la playa de Broholm y tomaron asiento junto con otros ochenta hombres y mujeres en la gigantesca barca de remos de la Asociación de Trabajadores El Futuro. Enok era uno de los remadores y al pasar la barca bajo el puente de Pitkäsilta o Långabron todos los varones entonaron «La Marsellesa» a grito pelado provocando que los paseantes que *flaneaban* por el puente se asomaran curiosos a la barandilla de madera para ver de dónde provenía el canto. A Vivan le pareció que Enok conocía a todo el mundo y que allá donde fuera se sentía como en casa, y le sonrió desde el banquillo de popa donde se hallaba sentada junto a una decena de chicas que iban vestidas de fiesta como ella.

En Mölylä tocaba la banda de cornetas de la asociación y Vivan resultó ser la chica más guapa del baile con su blusa de color crema, prenda que era lo más valioso que poseía, ya que la había confeccionado su mamá Magda con la tela de seda que trajo su tío materno Eldar-August de Shanghái el año antes de que muriera de fiebre tropical. Gracias a la música, a Enok y al claro de luna, Vivan olvidó la monotonía de sus tareas de sirvienta y la estrechez del cuarto de criada del Boulevard; qué ganas tenía de liberarse y empezar a vivir de verdad, sintió que el corazón le latía muy fuerte y deprisa, y al bailar con Enok cerró los ojos y se relajó entre sus brazos fantaseando que iba envuelta en *crêpe de Chine* de pies a cabeza y no en la tela negra y basta de su falda. Al caer la noche huyeron del alboroto del baile y se adentraron en el bosque por un sendero en el que la blusa de ella resplandecía lechosa entre las sombras de los árboles. Al llegar a la playa se quitaron los zapatos y las medias y tomaron prestada una barca con

la que remararon hasta la isleta de Lillklobben, que los finlandeses llamaban *Kiimakari*, lo cual significa isleta de la lujuria; pero cómo iba a saber eso Vivan. Llegados al islote buscaron cobijo en una arboleda, y Enok extendió su chaqueta y su chaleco sobre el suelo y al pedirle que se sentara la sujetó por la cintura. Esa noche Enok no probó bebidas fuertes, fue la dulzura y la cortesía en persona, así que Vivan ocupó el sitio que le ofrecía pensando en lo mucho que brillaba la luna y en lo grandes y calientes que eran las manos de Enok y en lo marcadas que tenía las venas, y luego se sentó sobre sus pies descalzos y empezó a desatarse el pelo mientras prestaba atención al soplo de viento que hacía zozobrar las ralas coronas de los abedules.

Era la primera vez que se entregaba a un hombre y después tuvo miedo; miedo a que en vez del mes le vinieran náuseas cada mañana y todo eso que Sandra y las otras chicas le habían contado, y miedo de lo que Enok pudiera pensar de ella y miedo a lo que él pudiera haberle transmitido; puesto que sabía que había trabajado en el puerto e imaginó que habría tenido muchas mujeres antes que ella y que todas habían sido unas perdidas.

Esa vez no hubo consecuencias. Pero salieron juntos todo el año, y una tarde de la semana de huelga de noviembre —semana en la que Enok, pese a afirmar que pertenecía a la guardia obrera del capitán Koch, se dedicó más que a nada a deambular por las calles gritando consignas entre la multitud— Vivan libraba y fue a la casa de él a tomar té. Enok vivía en lo alto del barrio de Hermanstad; era inquilino en casa de un tío paterno llamado Fredrik que tenía mujer y tres hijos pequeños, pero el tío Fredi y su familia habían huido a Sibbo en cuanto empezaron las agitaciones. Así pues, fue en un cuarto de alquiler desamueblado que no se había calentado en todo el día, en una casa de madera sin pintar pero con vistas a la brumosa playa de Byholmen y a las otoñales aguas grises de la bahía de Gammelstad, donde Enok y Vivan se

acostaron juntos por segunda vez. Mientras él se movía encima de ella, Vivan le rodeaba la espalda con los brazos y sentía un poco de frío, especialmente en las piernas y en los brazos, y después se quedó encinta, tan sólo cinco meses después de emplearse en casa de la familia Gylfe.

Enseguida comprendió cómo estaban las cosas, pero tuvieron que pasar casi diez semanas antes de que se atreviera a hablar con Beata Gylfe. Primero doña Beata la escuchó sin pestañear y después le comunicó con voz severa que, lamentablemente, Vivan tenía que abandonar el puesto, pero que le pagarían tres salarios como compensación por el despido y que podía seguir ocupando el cuarto de las criadas hasta que la familia hubiera encontrado una nueva sirvienta. Vivan se armó de valor y bajando la vista al suelo, murmuró:

—No soy ninguna sirvienta, la señora puede llamarme doméstica o asistente o cualquier otra cosa, pero no soy ninguna sirvienta.

La señora Beata, que no había oído bien sus palabras, le pidió que repitiera lo que había dicho. Vivan lo hizo, repitió las palabras en voz alta y clara y, a su entender, el tono que utilizó fue idéntico al de la señora Beata, es decir altivo y preciso. Sin embargo, la señora Beata sólo le concedió una mirada gélida y preguntó:

—¿De verdad cree usted que eso tiene alguna importancia? Considerando sus circunstancias, quiero decir.

Vivan no contestó. Cuando volvió a la cocina se echó a llorar, pero la señora Holmström se limitó a fruncir los labios y a volverse de espaldas, y mientras picaba un enorme lucio con la vista fija en el molino de carne la cocinera siguió muda y en sus trece con un aspecto más desabrido que nunca.

Hacia el final de la tarde el vicegobernador civil Gylfe convocó a Vivan en la biblioteca. Se hallaba sentado tras su escritorio

ante un libro abierto, con las cortinas de las ventanas que daban al Boulevard corridas, y mientras fumaba en pipa le dijo en voz queda que las alternativas eran dos: o bien se decidía por encontrar a una abortista lo antes posible, o bien tenía al niño, en cuyo caso debería intentar donarlo en adopción, porque era demasiado joven e inexperta para poder arreglárselas como madre; además, para colmo, estaría sola en una Helsingfors peligrosamente agitada. Dadas las circunstancias —y aquí al vicegobernador civil se le torció la boca en una agria sonrisa— él no podía evitar tomarse la libertad de dudar de las intenciones del individuo que la había fecundado. Por desgracia, añadió a continuación, en la práctica él no podría serle de ninguna utilidad ya que, como era de suponer, él no tenía tratos ni con la Inclusa ni con ningún orfanato, y como además Vivan había abusado de la confianza que él y doña Beata depositaran en ella, ella misma se lo había buscado.

El día en que se pronunciaron todas estas frases mientras alguna otra (por ejemplo «deseo que las cosas se solucionen de la mejor manera posible para usted, Vivan») se quedó en el tintero, Vivan Fallenius tenía diecisiete años, seis meses y tres días de edad.

Enok Kajander era el hijo de un pescador de Sibbo, pero sus padres habían muerto y él vivía en Helsingfors desde el verano de 1902. Tenía el pelo ondulado y de un negro azabache y la tez morena incluso en invierno, por eso se le conocía por el mote de Negro Enok. El Negro Enok acababa de cumplir veintiún años pero gozaba ya de una bien fundada reputación de camorrista y agitador. Camorrista o no, superó la primera prueba de amor: al recibir la sucinta carta en la que Vivan le explicaba el aprieto en que se hallaba metida, él fue a su encuentro, se plantó de repente frente a la puerta de servicio del piso de la avenida Boulevard con la gorra grasienta girando entre sus dedos, esquivó la majestuosa ira

de los ojos de la señora Holmström y, con frases bastante torpes, le pidió permiso a Vivan para salir con ella el próximo domingo.

Ese domingo de febrero fue un día nublado pero glacial. Al final de la calle Henrik la vieja fábrica de gas emitía el hedor de costumbre y por toda la ciudad las chimeneas de las centrales eléctricas arrojaban una ceniza gris y un humo negro, y el polvillo de la hulla y los escapes de gas conferían a la atmósfera urbana un matiz amarillento y un olor peculiar y picante en aquel aire frío. Enok y Vivan se encontraron en la calle Mikael, caminaron hacia el norte en silencio y pasaron por delante del nuevo teatro que se erguía frente a la plaza de la estación con solemne y solitaria majestuosidad. Continuaron por el parque de Kajsaniemi y al reseguir la orilla del helado estanque de los cisnes Enok le recriminó que, al aceptar el empleo, Vivan no se hubiera adherido a la Asociación de Sirvientas de Helsingfors: de haberlo hecho la asociación se habría hecho cargo de ella y otro gallo cantaría. Vivan le respondió que la verdad era que la alianza entre las asociaciones de sirvientas con los obreros no era vista con buenos ojos en los pueblos donde los granjeros ricos y los terratenientes controlaban rigurosamente el color de la chaqueta de los pobres. Enok asintió con la cabeza y dijo que había hecho bien en venir a Helsingfors porque allí los pobres eran muchos y aunaban sus fuerzas día a día. Vivan se mordió el labio, bajó la vista a las peladuras de sus botas y, con un mohín, negó que hubiera hecho nada bien, pues había traído la deshonra a su padre y a su madre y la indemnización por el despido no alcanzaría para mucho, y aunque su prima Sandra le había dicho que podía vivir en su casa todo el tiempo que quisiera, o al menos, hasta el nacimiento del niño, había que tener en cuenta que Sandra y su marido Axel ya tenían dos hijos y un tercero en camino, y que Axel se quedaba sin trabajo muy a menudo y que en el cuarto de la calle Andra Linjen, o Segunda Línea, vivirían todos muy apretados, y por eso a Vivan ya la ator-

mentaban las pesadillas en las que tenía que encararse a los señores y señoras del comité del Hospicio y verlos fruncir la nariz y mirarla como si fuera una pelandusca.

Y también otras visiones la atormentaban. Le dijo a Enok que no quería asustarle, pero que desde niña tenía sueños premonitorios; a los siete años se le apareció en sueños el hijo de unos vecinos con la cara hinchada y azulada y las cuencas de los ojos vacías, y dos veranos más tarde ese niño se ahogó en Porkala pero su cadáver no fue hallado hasta muy entrado el otoño, para cuando las anguilas... en fin, Enok ya se lo podía imaginar. Y hacía poco se le había aparecido en sueños uno de los hijos de los Gylfe, el señorito Magnus, de toda la familia el que menos le gustaba; en su sueño la cabeza estaba separada del cuerpo, flotaba en el aire ante su vista, cubierta de sangre y con una mirada fija y horrible, el resto de su cuerpo yacía un poco más allá, tirado en el lodo de la calle.

Mientras Vivan iba explicando todo esto fueron resiguiendo la bahía de Kajsaniemi y subieron por el puente de Långabron, y mientras ella hablaba Enok Kajander la miraba a hurtadillas, miraba sus labios finos y pálidos y los rubios mechones que salían por debajo de su pañoleta y las manchas rojas de sus mejillas, y cuando ella calló él tomó su mano y dijo que sus pesadillas no le daban miedo, y que no tenía dinero para comprar un anillo de compromiso pero que si se conformaba con lo poco que podía ofrecerle se casaría con ella de todo corazón.

Enok había trabajado como estibador en el puerto de Sörnäs y como cargador de ladrillos en unas obras de construcción de edificios de piedra en Kronohagen y Hagnäs. Era ágil en sus respuestas y tenía buena cabeza, pero Vivan enseguida notó que no era tan laborioso ni tenía tanta voluntad como la mayoría de muchachos del norte del país. Los chicos de Ostrobotnia le reza-

ban a su Dios y ahorraban dinero, y luego volvían a rezar a su Dios y en las pocas horas que les quedaban libres estudiaban para maestro de obras. El Negro Enok, en cambio, prefería andar con gente y gastar bromas y participar en sucesos dramáticos, y cuando Vivan alguna vez se lo reprochaba, él replicaba que ansiaba vivir plena e intensamente, que la medida de un hombre eran sus acciones y que no quería pasarse la vida leyendo libros y posponiéndolo todo a la espera de un futuro que, de todos modos, era muy incierto para un proletario como él. Sin ir más lejos, el pasado invierno, en San Petersburgo, durante los disturbios del Domingo Sangriento, los soldados del zar dispararon contra obreros, mujeres y niños, y algunos meses más tarde los japoneses aplastaron la flota rusa en Tsushima. Todo aquel año había sido agitado y violento, con huelgas generales, motines y revueltas; pero aunque el zar seguía en el trono había hecho concesiones y en el Gran Ducado de Finlandia y en el Imperio ruso en general se respiraban más libertad y arrojo que antes; como Enok era aficionado a la política gustaba de andar rondando de un local a otro y fumarse gruesos Beirutskipapyross mientras él y sus correliigionarios fraguaban planes.

Tras las reuniones se dirigía a alguna de las tabernas de la expendeduría de licores del Estado o a la tasca de marineros Trípoli, donde ocurría que se gastaba los pocos billetes que le quedaban pagando una ronda a todos los parroquianos. Cuando bebía, Enok podía volverse ingobernable, pero sereno tenía donde gentes y tanto hombres como mujeres apreciaban su compañía.

Su finlandés sonaba raro pero tenía vigor y expresividad, además sabía un poco de ruso y descargando barcos de mercancías en el puerto había pescado alguna que otra palabra en inglés. Tenía talento para el atletismo y la lucha libre y se había agenciado la amistad del deshollinador y atleta Janatuinen, oriundo de Tölö,

antiguo discípulo del célebre luchador polaco Pytlasinski; no satisfecho con transmitirle a Enok los conocimientos de su maestro le enseñó también a andar sobre la cuerda floja.

Una húmeda y fría tarde de marzo, un farolero municipal apellidado Suoste se disponía a limpiar un reverbero de gas en la calle Union, no muy lejos de la iglesia de los Alemanes. En el tercer peldaño de la escalera, contando desde arriba, el tal Suoste resbaló, cayó y se golpeó la nuca contra la acera de piedra caliza recién pavimentada, de tal modo que su muerte fue instantánea. Enok Kajander solicitó la plaza vacante, y como era fuerte y ágil y además pudo presentar un certificado firmado por el deshollinador Janatuinen en el que se constaba que era fuerte como un oso y que tenía un sentido del equilibrio de primera categoría, le dieron el empleo.

A finales de abril el matrimonio Kajander se mudó a un cuarto con agua corriente fría en una casa de vecinos de la calle Malm. Durante los meses de mayo y junio Vivan, que ya ostentaba una buena barriga, salía cada tarde de su casa y daba un paseo hasta la colina de Eira, donde Enok trabajaba en una obra hasta el atardecer, momento en que comenzaba a encender los reverberos de gas del distrito que Von Kraemer, el ingeniero del ayuntamiento, le había confiado. Vivan le llevaba bocadillos y cerveza suave, y entonces Enok escupía las pipas de girasol que había estado masticando y la abrazaba susurrándole cosas dulces al oído, y cuando más tarde Vivan regresaba a casa meciéndose como una oca a través de las calles del barrio de Rödborgen, o Las Colinas Rojas, el sol poniente alumbraba como una lámpara roja de sangre y sus últimos rayos incidían sobre la barriga redonda de Vivan, calentándola a ella y al niño que llevaba dentro. Pero no por eso se sentía menos sola y asustada, lamentando que Enok

estuviera fuera de casa tanto tiempo. Ese barrio de Las Colinas Rojas la asustaba, esa Gomorra donde había mujeres pintadas y ataviadas con chales abigarrados y sombreros vistosos en cada esquina y donde se vociferaba y se bebía por todas partes, tanto en las chozas hechas del mantillo rojizo que caracterizaba la zona como en las contadas casas de piedra que se alzaban como afilados colmillos entre las largas hileras de casas bajas y cabañas. Pero aún más miedo le daba Kampmalmen, su propio barrio, donde vivían ella y Enok. ¡Cómo era posible que existieran en la tierra lugares como las calles de Malm y Lappvik y los callejones de los alrededores! Allí vivían en la miseria empedradores rusos que parecían sustentarse a base de pan negro, vodka y cerveza, y que cada sábado eliminaban el alcohol mezclado con sudor en la sauna pública de Makovskij. Allí vivían quinquis, los buhoneros tártaros con sus botas altas de color negro y sus largas chaquetas de punto de un azul intenso que siempre llevaban abrochadas hasta el cuello aunque fuera verano e hiciera calor. En las cuadras alrededor de la recién construida sinagoga vivían la mayor parte de los judíos de la ciudad, dedicados a la venta de ropa y harapos, cosa que hacían en lo alto de la calle Narinken o bien abajo en la calle Henrik; según Enok hablaban una jerigonza compuesta por una mezcla de yiddish, ruso y sueco que sólo ellos mismos comprendían. También vivían allí herreros y picapedreros, vivían allí cocheros y putas, vivían allí violinistas alemanes y afiladores de Carelia, vivían allí organilleros con sus monos amaestrados, vivían allí comadronas que traían niños al mundo y abortistas que presumían de ayudar a los angelitos no nacidos a llegar al cielo. Allí vivían rusos que hacían y vendían helado, y allí, con unos grandes bigotes y el pelo igual de negro que Enok, vivían los italianos que les hacían la competencia a los vendedores de helado rusos. ¡La llamada Kampen era una auténtica torre de Babel! El tranvía de la línea roja bajaba traqueteando por la cuesta de la ca-

lle Erik y se alejaba resollando por la calle Lappvik, donde soltaba a los más acomodados de la zona, es decir, a los comerciantes y a los capataces que podían costearse un viaje en tranvía al salir de sus trabajos en el centro o más allá del puente de Långabron. Sin embargo, la mayoría iba a pie, y en las calles se armaba jaleo y se vociferaba, se vendía y se regateaba sin parar en todas las lenguas imaginables, y por las noches las camisas que rodeaban los quemadores de las farolas de gas crepitaban y silbaban y el hedor de los muladares de los patios y de los mataderos y de las fábricas de jabón y de harina de huesos de la zona flotaba plomizo sobre los tejados. Y en medio de todo esto tenían que vivir las personas, en medio de ese batiburrillo convivían estrechamente los residentes fijos y los de paso, en medio de aquel desorden había que acariarse, amar y reñir y conseguir guardar los secretos más delicados. También el matrimonio Kajander alojaba un huésped: Lennart, el hermano mayor de Enok, que había venido a la ciudad en busca de ocupación pero al que le iban más el alcohol y las mujeres pintadas que el trabajo honrado. Había días en que el sofocante calor y la soledad se cernían sobre Vivan como una manta y la asfixiaban, y entonces temía acabar en el manicomio de Lappvik, el que estaba junto al agua; en días como éstos sopesaba la posibilidad de abandonar y volver a su Degerby natal para dar a luz allí a su hijo. Pero siempre acababa calmándose y murmurando por lo bajo, insistentemente, una y otra vez: «Tengo a Enok, es un hombre bueno, me podría haber ido mucho peor. Tengo a Enok, es un hombre bueno, me podría haber ido mucho peor».

Sin embargo, ese verano el Negro Enok sufrió una transformación. Así eran los tiempos, todo fermentaba y hervía y burbujeaba y Vivan se había vuelto pesada y rígida, y tenía hinchados los pies y las manos, se sentía enorme como un elefante e igual de grá-

cil, y Enok ya no le susurraba palabras de amor al oído, ni siquiera la miraba a los ojos. Aunque él le llevara casi cuatro años de edad ella tenía claro de qué pie calzaba: en el fondo no era más que un muchachito desorientado con ganas de vivir aventuras. Y cuando una tarde de agosto ella rompió aguas ese muchacho no estaba en casa. Hacía tres días que Vivan no había visto ni a Enok ni a Lennart, por no saber no sabía ni si estaban juntos y si, en ese caso, estaban trabajando en la obra o si, por el contrario, Lennart había conseguido emborrachar a Enok; quizá los dos hermanos se escondieran en algún *murju* en el distrito rojo de Rödbergen, o en alguna cabaña del bosque en Mölylä, o tal vez estuvieran de copas por Hermanstad, donde tenían parientes y amigos. Vivan no sabía qué hacer. En su vecindario vivían dos comadronas, la señora Lindeman y la señora Lahtinen, y el deseo de Vivan era dar a luz en casa, no en la casa de partos como hacían las mujeres de la calle. Pero no se atrevió. Durante la pasada primavera y el verano, Enok había estado dando gritos por el barrio, incluso entre los que no querían escuchar nada de nada, y una noche hasta llegó a pegarse con un ferroviario malhumorado y devoto de las autoridades que vivía en el edificio de al lado. Después de eso Enok y Vivan habían tenido que mantenerse al margen de la vida del vecindario, y Vivan sabía que la señora Lindeman y la señora Lahtinen y las otras mujeres opinaban de ella que era pueril y altanera y que se andaba con demasiados remilgos, aunque ella sólo se sintiera tímida y asustada. Por eso ahora no halló otra salida que abrir la puerta de la despensa y buscar en la penumbra de las estanterías medio vacías hasta encontrar el pequeño cofre de madera donde Enok guardaba unos pocos billetes muy gastados. «Pa tiempos duros y catástrofes», había dicho; no obstante, Vivan cogió el dinero sin vacilar, y con los billetes metidos en su monedero y el monedero firmemente apretado contra su pecho consiguió llegar a la casa de su vecino, el *istvochik* Kameneff, que vivía al lado, y le pidió que la lle-

vara a la casa de partos de Ulrikasborg, había que darse mucha prisa, dijo también. Mientras un líquido tibio le bajaba por las piernas pensó que el cochero no entendía sueco muy bien, y que ella, por su parte, no hablaba ni una palabra de ruso y sólo alguna que otra frase en finlandés y temió que el hombre no la hubiese comprendido. Sin embargo, Kameneff comprendió. Primero gruñó algo de mala gana pero después le ofreció el brazo para ayudarla a cruzar el patio, y cuando hubo sacado el caballo de la cuadra y amarrado la carreta, musitó algo parecido a «*popona popana*» y se fue nuevamente a la cuadra. Regresó con una jarapa mugrienta, la dobló por la mitad y la colocó sobre el asiento y animó a Vivan a sentarse. Durante el trayecto lleno de baches Vivan sintió que faltaba poco para que empezaran los dolores y al recorrer la calle de la Fábrica, desde donde ya se vislumbraba la casa de partos en lo alto de la colina, abrió el monedero y se lo ofreció a Kameneff en silencio, pero él sólo sacudió la cabeza, sonrió y dijo «*niet, niet*» y a continuación algo más que ella no entendió.

En la casa de partos le dieron una cama en una sala de techo alto donde en los antepechos de las ventanas adornadas con visillos de encaje había colocadas macetas con pensamientos de un color oscuro; eran cuatro en la sala pero Vivan no habló con las otras mujeres, sólo se concentró en los dolores, que le venían cada vez con más frecuencia, y de repente oyó el fragor de la guerra. Primero el ruido sordo de los cañones, y una vez, tras un silencio largo y ominoso, un estruendo mucho más agresivo y potente, como si algo hubiera volado por los aires.

—Los rusos armando jaleo en Sveaborg —respondió la comadrona ásperamente a la pregunta de Vivan—. Dicen que la tropa ya está queriendo la revolución otra vez. Pero usted tranquila. Aquí damos vida, donde la quitan es en otro lado.

\* \* \*

Su hijo nació a la noche siguiente y nada más ver que era varón supo Vivan cómo se llamaría. Por la tarde le dieron una cama en la sala grande con las otras madres, se sentía magullada pero soñolienta, se quedó acostada observando un rayo de sol que recorría la pared, esperó pero Enok seguía sin aparecer. Se presentó el segundo día, avergonzado y taciturno. Se quedó junto a la puerta de la sala de neonatos sosteniendo en sus brazos al bebé, tieso por las mantillas fuertemente liadas que le habían entregado, y pese a presentar un aspecto cohibido y trasnochado Vivan se fijó en cómo una de las enfermeras más jóvenes le iba echando miradas de reojo a su melena negra y a su perfil afilado. Ella, por su parte, sólo veía al muchacho demasiado crecido que la había dejado sola entre todos esos rusos y judíos e italianos de la calle Malm, y cuando luego él se acercó a su cama percibió el olor de un cuerpo de hombre sin lavar y de su aliento agrio por el aguardiente y la cerveza, y bajo todos esos olores le pareció notar un ramalazo de lavanda y de agua de rosas.

—Sonaron cañonazos mientras daba a luz —dijo por decir algo.

—Es que los marineros rusos han hecho volar los almacenes de amuniciones —respondió Enok— Dicen que hasta han ejecutado a algún oficial. Pero ya los han desarmado, así que pronto rotarán más cabezas.

Enok le entregó el bebé. Ambos callaban.

—¿Cómo opinas que debe llamarse? —le preguntó él después.

—Allan, se llamará Allan —dijo Vivan sin dudarlo. No sabía por qué había elegido ese nombre, no había ningún Allan en su familia, ni tampoco nadie en su pueblo se llamaba así, pero sabía que el niño debía llamarse Allan y nada más.

—Vale, tú decides —dijo Enok de prisa y sintiéndose culpable.

—Sí, yo decido —replicó Vivan sin mirarle a la cara—. Ya le

habrás dicho a Lennu que se busque otro sitio ¿no? —continuó ella, aún sin cruzar su mirada con la mirada arrepentida de él.

—Ya me he encargao de eso. Se va a mudar a casa de los Jakobsson en Hermanstad.

—¿Y dónde está ahora?

—Entre rejas —respondió Enok a regañadientes—. Se cabreó y empezó a liarse a puñetazos.

Esa misma tarde envolvieron al niño en una manta gruesa, de modo que sólo se le veía la cabecita, y después Enok Kajander llevó en brazos a su primogénito hasta su casa en la calle Malm. Recorrieron el mismo camino que Vivan solía recorrer en los meses de mayo y junio, cuando le llevaba bocadillos y refrescos a Enok a la obra y ella se sentía asustada pero feliz sintiendo que el sol poniente calentaba su barriga como una lámpara. También ahora se ponía el sol, pero el aire era frío y caminaban despacio y en silencio, porque a Vivan algo le dolía y concomía.

No puede decirse que Enok eludiera su responsabilidad; a decir verdad, no escatimó esfuerzos. Durante seis años Vivan, Allan y él vivieron en el cuarto de la calle Malm, durante seis años él estuvo encendiendo las espaciadas farolas de gas situadas entre el parque de Brunnsparken y Ulrikasborg, durante seis años alargó su sueldo en los meses de verano trabajando en alguno de los innumerables bloques de cemento que se erigían por toda la ciudad, y durante seis años Vivan pudo evitar sus horribles visiones, ya que las largas jornadas laborales y el inmisericorde hormigueo de la ciudad le provocaban un cansancio pesado y desprovisto de sueños. Los dos primeros veranos Enok ayudó a construir la sede de la federación de trabajadores en Broholmen. La nueva Casa del Pueblo era una sólida fortaleza de granito gris, y por toda la ciudad proliferaban elevadas fortalezas modernistas como ésa; ya

no se erigían aisladamente destacando como largos colmillos en medio del territorio, sino que en muchos barrios se arrimaban unas a otras, haciendo que en muchas calles las vetustas y curtidas casas de madera se acurrucaran bajo su sombra como animales amedrentados. En el hogar de Enok y Vivan los huéspedes se sucedían, ora se instalaba uno de los muchos hermanos y primos de Enok, ora llegaba alguna de las hermanas de Vivan, ora algún hijo de vecino de Degerby, y un otoño en el que la policía mandó cerrar todos los burdeles de la ciudad vino una moza de vida alegre que no tenía dónde vivir y que decía ser prima segunda de Enok; había utilizado el alias de Jeannette tanto tiempo que ni Enok recordaba ya su verdadero nombre, al menos así se lo explicó él a Vivan cuando ella se lo preguntó. En diciembre a Jeannette le salieron dos llagas que no cicatrizaban de ninguna manera, una en el hombro izquierdo y otra en la base de la columna; hacia la primavera empezó a arrastrar una pierna tal como hacían los sífilíticos cuando la dolencia atacaba el sistema nervioso, y fue entonces cuando la ingresaron en la recién inaugurada clínica para mujeres de Gumtåkt y Vivan y Enok ya no la vieron nunca más.

A un invierno interminable le sucedía otro igual de largo y cada verano daba la misma impresión de ser desesperadamente corto. Vivan consiguió un empleo en la fábrica de caramelos Fazer situada en el estrecho de Munkholm y entre tanto, su relación con Enok se enfriaba por momentos. Allan nunca tuvo hermanos y pronto se acostumbró al hecho de que su mamá siempre estuviera cansada al volver de la fábrica y a que su padre casi nunca estuviera en casa. En su calle muchos hombres se emborrachaban a la vista de sus hijos, sin embargo Enok no se contaba entre ellos. Cuando le asaltaban la sed y las ganas de correr aventuras era como si se lo tragase la tierra, pero luego se hartaba de la vida licenciosa y aparecía de nuevo. Cuando bebía no faltaba al trabajo, o al menos eso creía Vivan, ya que nunca ninguna queja

llegó a sus oídos, ni de boca del ingeniero municipal Von Kraemer, ni de cualquier otro superior.

Allan era un niño callado, porque como vivía inmerso en un batiburrillo de lenguas tardó en aprender a diferenciarlas. Pero nunca estaba solo; se mezclaba con el montón de chiquillos que miraban con ojos grandes las marchas fúnebres que pasaban por la calle de Lappvik camino del cementerio, y cuando llegaba el verano insistía e imploraba que le dejaran ir con los chicos mayores a lavar los caballos de los cosacos abajo en la ensenada de Edesvik. Y pronto, muy pronto, empezó a correr en las carreras que se organizaban hasta La Muerte Roja, una casa abandonada que antiguamente se utilizó como morgue durante varias epidemias de cólera. Los padres del barrio siempre estaban ocupados en lo suyo, pero si por casualidad alguno de ellos hubiera presenciado alguna de aquellas carreras habría hecho la misma observación que hicieron muchos de los chicos mayores: que Allu *el Callao*, el hijo de Kajander el farolero, considerando su corta edad y la escasa longitud de sus piernas, corría a una velocidad sorprendente.

Un verano apareció de repente un automóvil, lo habían aparcado frente a un bloque de cinco plantas recién construido en Malmbrinken. Se trataba de un Adler negro de carrocería alta y reluciente, una verdadera carroza de millonario con techo y ventanas por los cuatro costados, era el primer coche que Allu y los otros chiquillos del barrio veían de cerca y se les antojó algo monstruoso, como un enorme animal de presa que acechaba bajo el sol torrefacto, que calculaba el momento justo para tomar impulso y echarse rugiendo encima de ellos y hacer de sus cuerpos un sangriento picadillo de carne con sus mandíbulas de metal. Estaban apelotonados y boquiabiertos alrededor del coche cuando salió el chófer por el portal del bloque de pisos. Vestía go-

rra con visera y guantes largos y un uniforme colorado con chaqueta tobillera, y puso en marcha al monstruo dándole a la manivela; primero el motor tosió un poquito pero no tardó en rugir a un ritmo acelerado y sordo. El chófer echó un vistazo a la pandilla de reverentes chiquillos que se mantenía a una distancia prudencial de diez metros. Les sonrió con aires de superioridad y tocó la bocina de bronce que sobresalía de uno de los bruñidos costados del vehículo, de donde surgió un bramido ronco y ancestral; a continuación el hombre montó en el asiento del piloto y entonces aquel prodigio se alejó entre restallidos por la polvorienta calzada sin pavimentar.

Algunos meses después instalaron luz eléctrica en el edificio en el que vivían, y la corriente no sólo iluminaba el interior de los pisos y la escalera, sino que llegaba hasta la hilera de retretes del patio. Ocurrió un año en el que Enok Kajander tenía el firme propósito de enmendarse. Abandonó la bebida y llegaba puntual al trabajo. Asistía a las reuniones, saraos y entrenamientos de lucha libre del Jyry que se organizaban en la Casa del Pueblo, pero se mostraba dócil y ya no agitaba contra el capitalismo. Y se sentía más próximo a su hijo que nunca.. Un día de finales de otoño Enok atravesó el monte de Hammarberget y bajó hasta la ensenada de Tölö con Allu sentado sobre sus hombros. Por el camino Enok le contó cosas sobre los grandes transatlánticos de la línea Cunard, el *Lusitania* y el *Mauritania*, y sobre la lucha que la Cunard y la White Star Line habían entablado por demostrar cuál de las dos líneas cruzaba más velozmente el Atlántico Norte, y le explicó que la White Star seguro que tenía reservada una jugada contraria, que todavía era pronto para saber cuál de las dos se llevaba la Cinta Azul. Allu, boquiabierto y con los ojos como platos, escuchaba atentamente a su padre que sabía tantas cosas, y cuando llegaron a playa de la ensenada la encontraron atestada de gente que esperaba chapoteando en el fango bajo la

lluvia de noviembre, y Enok compró dos entradas con Allu todavía sentado sobre sus hombros, y después los dos se pusieron a mirar, junto con un millar de otros espectadores, cómo el temerario ruso Utozinskij despegaba desde la orilla norte y volaba bajo, bajísimo, por encima del agua, entre los rugidos y estertores de su aeroplano.

Durante todo el invierno Allu y sus amigos jugaron a ser el aviador Utozinskij. En cambio, su papá Enok, lejos de jugar a ser Utozinskij, empezó a jugar con el amor y el fuego. Se acabaron los buenos propósitos y volvió a las andadas, un día se largó, y otro, y un tercero. Siempre volvía, pero para cuando volvió por tercera vez —esto ocurrió durante la época del deshielo y las brumas de marzo— con aquella pinta de borracho demacrado y un corte muy feo en uno de sus antebrazos, la prima Sandra había hecho averiguaciones y le había contado a Vivan que las farolas del parque de Brunnsparken y de Ulrikasborg se habían quedado apagadas muchas noches ese invierno y que a Enok le acababan de despedir con efecto inmediato. Pero eso no era todo. Para colmo, Enok había dejado encinta a una trabajadora de la fábrica de Mölylä hacía dos veranos y tenía una hija ilegítima en Malm, además, un par de noches atrás, se había liado a navajazos en una salvaje pelea en el barrio de Hermanstad.

Vivan ni despotricó ni derramó lágrimas. Se limitó a mirar a Enok en silencio y después cogió a Allu y se mudó con él a la casa de Sandra y Axel, que seguían viviendo en la calle Andra Linjen del barrio de las Líneas. Durante todo el verano ella y el chico durmieron en el suelo de la angosta habitación y Vivan recorrió a pie los tres kilómetros que la separaban de la fábrica de caramelos. En octubre le dieron trabajo en la panadería de la cooperativa Elanto y entonces la cooperativa le cedió un cuarto en el nuevo bloque de pisos cuya rugosa fachada lateral de ladrillo daba al patio de la casa donde vivían Sandra y Axel. Para aquel entonces,

Enok ya había cumplido una corta pena a causa de la pelea con navajas y había regresado a su Sibbo natal.

Ese mismo invierno Vivan encontró un nuevo marido, se llamaba Santeri Rajala y era un empleado de correos finlandés, sensato y tranquilo, que clasificaba cartas y era catorce años mayor que ella. Bajo su apariencia de obrero Rajala era un hombre de letras que no tocaba el alcohol y en vez de emborracharse leía libros. A fin de poder leer al maestro Eckhart y a santo Tomás de Aquino y otras cosas complicadas aunque provechosas que no estaban traducidas al finlandés, había aprendido sueco y alemán de forma autodidacta. Para el alma de Vivan, tan lastimada por Enok, la mansedumbre de Rajala era como un agua purificante y clara; se casaron tan pronto la sentencia de divorcio adquirió fuerza legal, y luego a Allu le llegaron dos hermanastras en poco más de un año.

La familia Rajala se instaló en una casa de vecinos en lo alto de la calle Kristine, y allí llevaban la vida de la inmensa mayoría, entre huéspedes que roncaban y se sonaban la nariz, durmiendo sobre delgados colchones tirados en el suelo de madera lleno de corrientes de aire, plegando camastros por la mañana y dejándolos afuera en la escalera durante el día, subsistiendo a base de arenques en todas sus formas posibles y gachas de cebada con café aguado para el desayuno, y, en felices ocasiones, huevos frescos del gallinero de Ojanen y de vez en cuando, hasta albóndigas y compota de ciruelas los domingos. Bajo su ventana crecía un frondoso arce, y más allá del arce Allu veía las rocas de Josafat y tras ellas, en diagonal, la iglesia recién construida de Berghäll, que, con su elevada torre cuadrada de granito gris, se alzaba ante él como un imponente y severo recordatorio de que los ricos consideraban a su Dios infinitamente superior a las canciones

obreras que su papá Enok solía cantar con su cada vez más rasposa voz de tenor. Entre su casa y la iglesia se extendía una tierra de nadie, una zona de la ciudad para la que había planes pero sobre la que aún no se había construido nada: calles a medio pavimentar, cobertizos levantados en unas horas para dar cobijo a los trabajadores de la vía pública, detritus, tabloneros rotos, charcos de lodo y zanjas.

Aunque en un principio Enok desapareció de la vida de Allu, pasados un par de años regresó a Helsingfors y consiguió un empleo provisional como mecánico en la estación de tranvías del barrio de Vallgård. Un domingo de julio su silueta alta y morena se plantó de repente en el patio de la casa y dijo:

—Bueno hijo, supongo que todavía te acuerdas de tu padre, ¿no?

Por casualidad, Vivan estaba asomada a la ventana y vio a Enok subiendo la cuesta de la soñolienta calle Kristine, y ella y Santeri Rajala bajaron corriendo las escaleras hasta el patio donde jugaba Allu, y en los ojos de Santeri se leía que estaba dispuesto a pelear pero también que tenía miedo. Sin embargo, Enok estaba sobrio y vestía un traje de chaqueta limpio aunque algo gastado, camisa con cuello recién almidonado y, en lugar de su sempiterna gorra, un sombrero, un sombrero flexible que tenía más de un lamparón pero sombrero al fin y al cabo. Enok saludó cortésmente a Santeri mientras que a Vivan, después de quedársela mirando un buen rato con desvergüenza, le dijo que ofrecía un aspecto magnífico, acaso...

—Tuvimos una niña en mayo —le cortó Vivan mientras con un gesto reflejo se tapaba los senos con el chal deshilachado que le cubría los hombros—. ¿Qué quieres, Enok? ¿No habrás venido pa armar bronca?

Enok le sonrió a Vivan con toda la afabilidad de la que era capaz, y con su sonrisa de lobo le preguntó:

—¿Puedo llevar a Allu al circo? Una compañía ha montado su carpa en el hipódromo, la función empieza dentro de una hora.

Vivan pareció dudar y miró a Santeri como para solicitar apoyo. Pero Santeri no dijo nada, y Enok continuó:

—Como regalo de cumpleaños. Aún faltan unas semanas pa que cumpla los ocho pero ahora tengo un sueldo fijo y más adelante nunca se sabe...

Luego le tomó la mano a Allu dejando que el final de la frase flotara por el aire del patio hasta extinguirse entre las ramas de los abedules y las lilas en flor. Vivan le miró a los ojos y dijo con suspicacia:

—Espera un poco, no se tratará de un combate ¿verdad?

—El cartel no dice na de combates, que yo sepa —repuso Enok.

—Bien, porque ya sabes que la lucha no me gusta y tampoco quiero que Allu...

—Es una compañía ambulante —la interrumpió Enok—, y esas no son como Nord o Ducander, las compañías pequeñas no tienen luchadores. A más a más, dicen en la ciudad que en Berlín hace poco una epidemia casi se lleva a Stankowitsch y a Ladbach y muchos otros por delante.

Aquí Santeri se despertó.

—¿Epidemia? —preguntó—. ¿De cólera?

—Eso no sale en la historia —respondió Enok animándose.

—En Viena hace unos años hubo cólera —explicó Santeri en su sueco un poco torpe—. ¿Quieres decir que Ladbach y Stankowitsch han muerto? ¿Ladbach, el sajón? Y Stankowitsch era ese serbio del bigote grande, ¿verdad?

—Qué van a estar muertos, enfermaron pero se han salvao,

*he on hengessä kyllä* —le aclaró Enok en finlandés, y añadió con entusiasmo—: Pero dicen que ese Sanderson, el americano, se partió una pierna y el brazo en Londres frente a Hagendorfer! ¡Es que los nuevos no tienen lo que hay que tener, el Cíclope y Lurich, éstos sí que valían, menudos eran!

—Sí, Lurich —dijo Santeri con voz encandilada—, ¡qué gran luchador!

Vivan se hartó, su seno derecho perdía leche y mientras le clavaba una áspera mirada a Santeri estuvo a punto de preguntar por qué los hombres siempre tenían que hablar de combates y competiciones, pero se tragó la pregunta. En su lugar, miró a Enok y luego a Allu, que sujetaba firmemente la mano de su padre y tenía la ilusión escrita en los ojos, después volvió a fijar su mirada en Enok y dijo:

—Llévatelo, pues. Pero tenéis que estar de vuelta a las siete. ¡Ah!, y una cosa más: tú prueba una sola gota y no vuelves a ver a tu hijo, ¿te ha quedado claro, Enok Kajander?

Al cabo de un rato padre e hijo paseaban rumbo a Tölö. Cuando Allu divisó la carpa redonda con la cubierta puntiaguda el estómago le empezó a dar vueltas de la ilusión; nunca antes había estado en un circo. Compraron las entradas y entraron y vieron el espectáculo del Cirque Nouveau International, cuyo director era el signor Corradini y que contaba con un elenco de artistas como las Adelaida Sisters y sus números de trapecio, el mago ilusionista Monsieur Brasso, que afirmaba ser más hábil que Houdini y Kleppini juntos, la jinete acróbata Solange du Plessis con su caniche-jinete *La Flor*, Los Edwardos, artistas del velocípedo y el payaso Jacomino. También vieron a un funámbulo, y Enok dijo de él:

—A ese Mister Dare lo conozco yo, en realidad se llama Janatuinen y antes era deshollinador aquí en Tölö.

Al contrario de lo que Enok había prometido, formaba parte

del espectáculo, aunque achaparrado y entrado en años, un luchador famoso, el polaco Zbyszko que desafiaba al público y que tumbó de espaldas a cada uno de los macizos estibadores que se enfrentaron a él. Allu quiso que también Enok desafiara a Zbyszko, pero Enok sólo sacudió la cabeza con una sonrisa y dijo:

—Hijo, yo ya no estoy pa más luchas que contra mí mismo.

Acabada la representación pasaron por la cuesta de Tallbacken y tomaron un atajo hasta la calle Kristine que subía por unas rocas rugosas y unos serpenteantes senderos. Mientras caminaban Allu le preguntó a su padre que por qué a su mamá no le gustaban los combates de luchadores, y entonces Enok hizo una mueca porque se acordó de lo que Vivan le había dicho una vez que él la llevó a un campeonato en el picadero de Broholm: «Ay, Dios mío, pero si esos leotardos que llevan y nada es lo mismo, y encima sueltan pedos». Pero no se lo contó a Allu. En su lugar le explicó la historia de la fatal esmeralda verde que había hecho naufragar al *Titanic*, y una vez más Allu miró a su padre con los ojos como platos, admirado de que fuera un hombre que sabía tantas y tantas cosas.

Pero pasaron los días y llegó agosto y los periódicos trajeron noticias sobre la gran guerra que acababa de estallar, y después vino el otoño y las hojas del arce que crecía bajo la ventana de los Rajala se tiñeron de rojo y de amarillo, y a Enok lo perdieron de vista. Cuando Allu ya no pudo aguantarse más y por fin preguntó por su padre Vivan le repuso muy seca que Enok se había visto obligado a dejar su trabajo y volver a Sibbo.

Allu iba a la escuela primaria de la calle Porthan, y en ocasiones su maestra le decía que tenía buena cabeza para los estudios y que debería hacer el bachillerato. Durante su último año en Helsingfors casi siempre se ponía los pantalones largos que Vivan le

había cosido de un retal negro comprado a buen precio, y poseía una pequeña colección de sellos que él muy de vez en cuando aumentaba mediante esporádicas visitas a la filatelia del viejo Geitel en el centro. Sólo tenía diez años pero parecía mucho mayor, y ya le echaba miradas furtivas a una niña de trece que se llamaba Mandi Salin y que vivía en uno de aquellos bloques de granito que parecían castillos en torno a la iglesia de Berghäll. En la escala social, la familia Salin se situaba varios peldaños por encima de gentes como Vivan y Santeri, ya que el papá de Mandi había ascendido de simple dependiente de colmado a propietario de una tienda de ultramarinos en la calle Wallin, y la mamá de Mandi, en cuanto pudo, compró un piano de mesa de segunda mano e invirtió dinero en libros que costaban una fortuna a fin de que Mandi y su hermano, mediante la lectura, pudieran escapar de sus sórdidos orígenes proletarios. Pero ese último año, antes de que llegase la Revuelta a estropearlo todo, también Vivan y Santeri se sentaban a menudo en el columpio del patio a hacer planes para el futuro; hablaban de la guerra y de la inflación, hablaban de la sarta de huelgas y de las pandillas de adolescentes que merodeaban por los barrios de Sörnäs y de Berghäll, y siempre acababan hablando de lo que la señorita Ahlman había dicho referente al talento de Allu para los estudios y entonces se miraban muy serios y aseguraban ambos que Allu, y por descontado también las niñas cuando llegase el momento, iría al instituto de secundaria igual que los hermanos Salin y que los hijos de Kanervo, que era chófer de automóviles. Pero Vivan siempre acababa sacudiendo la cabeza y apoyándola contra el hombro de Santeri mientras, sentados aún los dos en el columpio, suspiraba.

—Si al menos los tiempos no fueran tan malos, y los precios del pan y la manteca y la leña tan poco cristianos...

\* \* \*

Fue durante las largas tardes de la Primavera de la Libertad, o de la *Svoboda* como se decía utilizando el vocablo ruso, que Allu y algunos de sus amigos, entre ellos el hermano de Mandi Salin, empezaron a chutar una pelota en el campo lleno de hoyos de Aspnäs, próximo a la panadería de la cooperativa Elanto. En mayo presenciaron cómo el equipo de primera del club obrero Vallilan Woima perdía frente al Kiffen de los burgueses por diez goles a cero. Los jugadores del Woima, flacuchos y sumisos, perdieron todos los torneos locales y ni siquiera se atrevieron a patear las espínillas de los bien nutridos niños burgueses como venganza por las reiteradas humillaciones. Allu y Kaj y los otros chavalillos de los alrededores, apretaban sus puños a escondidas y juraban que las cosas serían muy distintas cuando ellos fueran mayores. Confeccionaron su primer balón a base de papeles de periódico que encolaron uno a uno formando capas alrededor de una piedra y luego lo sujetaron todo devanándolo con cordeles. El balón salió abollado, lleno de bultos y demasiado ligero, haciendo imposible calcular ni su trayectoria por el aire ni el ángulo del rebote; no obstante, jugaron con él durante varias semanas, hasta que el comerciante de ultramarinos Salin se compadeció de ellos y contactó con uno de sus clientes, quien por suerte ostentaba el cargo de tesorero en uno de los clubes deportivos burgueses. Algunos días más tarde Kaj y Allu y los otros recibieron un balón de segunda mano de auténtico cuero, se trataba de una pestilente pelota marrón oscuro que había pertenecido primero al Unitas y luego a la Asociación Deportiva Académica Héctor antes de ser desechada por las excesivas abolladuras y porque las lluvias de varias temporadas futbolísticas habían empapado y ennegrecido la piel.

En ese campo de Aspnäs los compañeros de Allu descubrieron lo mismo que ya observara la pandilla de la calle Malm durante las carreras hasta las ruinas de la Muerte Roja: Allu se movía de una manera muy especial; en general, era más ágil y veloz

que los otros, y eso se reflejaba sobre todo jugando al balón. Incluso los chicos que eran mucho mayores, los que con una incipiente barba olfateaban ya un puesto en alguno de los equipos de las fábricas o en la tercera división del Woima, lo reconocían a regañadientes: «*kajanderi luudaa lujaa vaik`onkin snadi*», el Kajander es rápido para ser un enano.

Durante toda esa primavera y durante el verano entero que le siguió Allu no abandonaba el campo de Aspnäs para volver corriendo a su casa hasta que se ponía el sol. Se pasaba el día dándole al balón y deambulando por el barrio de las Líneas, bebía a chorro litros de agua de una boca de incendios que había arriba en Surutoin y a veces, cuando habían jugado hasta la extenuación, él, Kaitsu Salin y los demás se llegaban hasta el parque de la Explanada abajo en el centro; donde observaban a las elegantes damas y caballeros que se apeaban de los coches de caballos y de los automóviles para meterse en los vestíbulos del hotel Kämp y de Kappellet y de los otros restaurantes de categoría. Allu solía engullir el pan que Vivan le metía en el bolsillo triturando entre los dientes las ásperas raspas y semillas de lino, y de vez en cuando saboreaba las aromáticas empanadillas que la amable vecina Mustoska amasaba con la harina, la mantequilla y los huevos que los habitantes de toda la calle Kristine y la mitad de la calle Borgå conseguían reunir. En esas ocasiones a sus compañeros de fútbol, sentados en semicírculo a su alrededor, les bajaba la saliva por las comisuras de los labios, hasta que Allu sonreía socarronamente y partía un trozo de empanadilla que después pasaba al que tenía más cerca con aire despreocupado.

En su entorno imperaban el caos, las huelgas y el racionamiento, a los obreros les devoraba el hambre, muchos casi se morían de inanición; sin embargo, a Allu todo eso no le afectaba porque tenía diez años, casi once, y disfrutaba corriendo y nadando y jugando al balón y engullendo mantecosas empanadillas que de-

jaban un reguero de grasa alrededor de la boca, por lo que no sería erróneo afirmar que era feliz. El verano se presentó seco pero frío y ventoso, y Vivan y muchos otros que se creían clarividentes vieron en ello un mal augurio; Allu, en cambio, cuando atravesaba el barrio de las Líneas para volver a su casa y la luz encarnada del sol poniente le iluminaba el rostro, los brazos y la barriga se olvidaba del hambre que le roía las entrañas. Y siempre le sobrevinía la misma sensación, intensa y extraña; era como si reviviese algo hermoso que ya había vivido antes, se sentía como calentito por dentro, ilusionado, como si en sus adentros incubase la certeza de que la vida que ahora vivía pronto se transformaría en otra distinta, en una vida mejor, en una gran liberación.

A principios de curso el profesor de gimnasia, el señor Wichmann, se llevó a Allu aparte y le dijo que debería inscribirse en un club deportivo lo antes posible, porque su talento para las carreras y los juegos de pelota, era «un don de tomo y lomo, Kajander». Allu miró de reojo al severo profesor Wichmann, cuyo cabello, cortado a cepillo, se levantaba en punta como las púas de un erizo asustado. Sus correrías al aire libre por el campo de Aspnäs y las Líneas habían hecho de Allu un chico, si cabe, aun más inquieto y rebelde, y fue durante estas primeras semanas de otoño cuando Vivan empezó a preocuparse seriamente por él. Después de un intervalo de muchos años volvió a tener uno de sus atroces sueños; vio a Allu tirado en un lecho de hierba cubierta de escarcha, su mirada estaba rota y sin vida y tenía una hoja pardusca de abedul pegada a una de sus lívidas mejillas. Vivan no le contó nada de ello a Santeri —nunca se confiaba a él como tiempo atrás se confiaba a Enok— y tal vez, justamente porque se lo calló, el sueño siguió atenazándola; noche tras noche volvía a soñar lo mismo, pese a ponerse de rodillas frente a la ventana antes de

acostarse y mirar a lo lejos hacia las rocas de Josafat y rogarle a Dios que el sueño la dejara en paz.

El verano dejó a Vivan aterrorizada. La milicia y los tipógrafos se habían declarado en huelga, los periódicos no salieron y en el centro de la ciudad unos gamberros pintarralearon los escaparates de los periódicos de la derecha con un alquitrán fragante y espeso para impedir que los ciudadanos pudieran leer los telegramas con noticias allí expuestos. Cuando en agosto los periódicos volvieron a salir, venían repletos de artículos sobre los robos, homicidios y ultrajes cometidos contra mujeres durante el verano, y al llegar el otoño tanto la milicia armada blanca como la roja hacían ya la instrucción en los parques del centro y en los bosques de las afueras de la ciudad.

—Estoy muy angustiada por Allu —le dijo Vivan a Santeri un atardecer de finales de septiembre—. Yo me vuelco en las niñas, así que él se espabila solo, pero cuando le pregunto por dónde va no me responde. Tengo miedo de que pase más tiempo callejeando que en la escuela o en el centro de tareas.

—Por desgracia es así —contestó Santeri agitando una carta que había estado leyendo después de despanzurrar el sobre con el cuchillo de mesa—. Esto es de la señorita Ahlman y ella dice lo mismo.

—No quiero que se apunte a ningún *shaki* —dijo Vivan con aire infeliz y pronunciando con un temblor la última palabra. Santeri sonrió, con una sonrisa llena de amor.

—Se llama *saki*, no *shaki* —la corrigió—. Y no se apuntará porque es pequeño todavía, no puede pelear ¿sabes? No lo querían en un *saki*, seguro.

—Tú ya sabes cómo era Enok antes. Imagínate que Allu sale igual.

—Sí —dijo Santeri, amable aunque sin mojarse— En ese caso ¿qué podríamos hacer nosotros?

• • •

Cuando Vivan no obtenía ayuda de Santeri actuaba por su cuenta. Le escribió una carta a Enok, que se había vuelto a casar y tenía un nuevo hijo varón y se ganaba el sustento con la pesca y reparando cabañas allá en su Sibbo natal. Había vuelto a darle la espalda al demonio del vicio y esta vez lo había conseguido, llevaba sin pelearse ni fornicar varios años y su vida era apacible y ordenada, así que Vivan le escribió diciéndole que vivían tiempos muy agitados y que lo que se veía venir iba a ser peor todavía, y que a su Allu le podría sentar bien abandonar aquella impía capital y pasar una temporada en el campo. Enok respondió con una caligrafía puntiaguda y medio ininteligible que eso podría arreglarse, que su dieta no era mucho mejor que en la ciudad pero que pescado, por lo menos, casi siempre había, y también escuelas rurales tanto en Simsalö como en Gumbo, y que al ser el muchacho alto y fuerte podría salir en la barca como remador. Pero una cosa convenía que supiera Vivan, le escribió Enok a continuación: la Revolución no estalló el verano que ella tuvo a Allu, pero esta vez la cosa iba en serio y había estallado, y lo que era más, todavía no había terminado, y si no, al tiempo.

Aquellas palabras de despedida hicieron sonar unas campanillas de alarma en la cabeza de Vivan. Pero ella las silenció, porque después de aquel verano sin ley, el terror que le infundían las gentes y calles de Helsingfors era mayor y más profundo que el malestar que sentía al recordar al ingobernable Enok de joven. Tampoco Santeri tuvo nada que objetar a sus planes. Se había dado cuenta de que el muchacho estaba dando el estirón y aunque se había portado bien hasta la fecha no dejaba de ser el hijo del Negro Enok, y el Negro Enok siempre sería el Negro Enok. Santeri había visto a Enok furibundo en una ocasión, fue tras una larga noche de juerga en el Trípoli, y aunque estaba al caso de la

transformación que el ex marido de Vivan había sufrido todavía tenía clavada una espinilla de espanto en el corazón. Cada vez que Allu se dejaba arrastrar por un impulso Santeri lo atribuía a la sangre de Enok que corría por sus venas, que era mala, y no tardó en decidir que no viviría bajo el mismo techo que su hijastro cuando éste acabara de dar el cambio de niño a hombre. Por respeto a Vivan jamás le reveló sus pensamientos, pero ahora que ella, por iniciativa propia, sugería que Allu se fuera a vivir con Enok Santeri apoyó sus planes y le dijo que era una madre previsora y amorosa. Y así se hizo. Para cuando se desató la huelga general Allu Kajander ya se había trasladado de la calle Kristine a la isla de Tistelholmen en el archipiélago de Sibbo, donde el oleaje otoñal del golfo de Finlandia embestía las playas con la misma determinación de plomo que los sangrientos ataques y contraataques que se llevaban a cabo en Flandes y en Caporetto y en el resto de campos de batalla de Europa.